

Política



## Un rector que no quiso negociar

La responsabilidad de Barros Sierra  
en la derrota del movimiento del 68

Carlos Ramírez



*Colección completa de  
Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político  
en <http://noticiastransicion.mx>  
Escanea el código QR para acceder  
al sitio de Noticias Transición*



**Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político**

© Grupo de Editores del Estado de México

© Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C.

© Indicador Político.

Una edición del Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C., presidente y director general: Mtro. Carlos Ramírez, derechos reservados. Web:  
<http://noticiastransicion.mx>

# Un rector que no quiso negociar

La responsabilidad de Barros Sierra  
en la derrota del movimiento del 68



3

## 1.- Introducción.

A cuarenta y seis años de los acontecimientos estudiantiles de julio-diciembre de 1968, las lecturas han sido consistentes en dos enfoques dominantes: desde la rebelión de las masas ante prácticas autoritarias del Estado y desde la crisis del sistema político priísta. Aquí ensayaremos un nuevo enfoque:

*El movimiento estudiantil de 1968 desde la teoría de las élites, y de manera especial desde la relación dialéctica Gustavo Díaz Ordaz-Javier Barros Sierra en el contexto de las sucesiones presidenciales de 1964 y 1970 y cómo los dos desatendieron las responsabilidades de Estado para encarar el conflicto de los estudiantes con pasiones personales.*

Por demás está señalar que este enfoque no excluye el contexto social, histórico, político y sobre todo sistémico. En todo caso, aquí haremos énfasis en los comportamientos personales de las dos figuras dominantes en el conflicto: el presidente de la república y el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Al final de cuentas, los dos surgieron de las entrañas del mismo sistema político priísta y del mismo grupo político, los dos tuvieron carreras dentro de la burocracia pública y los dos quedaron atrapados ciertamente en las contradicciones del sistema.

## 2.- La UNAM en el sistema político priísta.

Fundada formalmente en 1910 por Justo Sierra como secretario de Instrucción Pública del gobierno del presidente Porfirio Díaz —aunque con antecedentes en la colonia vía la Universidad Pontificia desde 1551—, la UNAM se asumió como la más importante universidad pública de la república después de la Revolución Mexicana. En 1929, luego de una lucha promovida por los estudiantes vasconcelistas que perdieron con la derrota presidencial de José Vasconcelos, la UNAM entró en una dinámica de conflictos.

4

La ley orgánica de la Universidad de 1929 construyó equilibrios internos que sobrevivieron hasta la grave crisis 1944-1945 en que la casa de estudios tuvo siete rectores en dos años. La disputa entre profesiones se instaló en la UNAM y prevalece hasta la fecha como cotos de poder. Los acuerdos de 1945 duraron hasta la caída del rector Ignacio Chávez en 1966 promovida por grupos priístas en la Facultad dominante en ese entonces: la de Derecho. En el periodo 1945-1966 la Universidad logró un cierto grado de institucionalización interna, pero siempre con periodos de inestabilidad y con el reconocimiento a grupos de poder en facultades.

La UNAM tuvo un sobresalto en la definición de su programa de estudios como resultado de la polémica Alfonso Caso-Vicente Lombardo Toledano sobre la orientación ideológica de la casa de estudios. En 1933-1935 los dos intelectuales discutieron si el programa educativo debía ser universalista o marxista, pero en el contexto de la reforma constitucional de 1934, apenas arrancado el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, de la educación socialista. La UNAM optó por el universalismo pero el marxismo se asentó con fuerza.

En el escenario histórico, la UNAM se convirtió en el espacio de capacitación de los cuadros profesionales que exigían los diferentes modelos de desarrollo nacionales. El Estado se abrió a los centros de educación superior para captar y capacitar sus recursos humanos: el Politécnico, la Universidad Nacional y las universidades públicas en los estados. Su función se facilitaba con la existencia de un Estado rector del desarrollo en función

de programas nacionalistas. El nacionalismo apareció como la esencia de la cultura política dominante del PRI.

La configuración del sistema político se dio en torno a cinco variables, con efectos en la UNAM:

- El presidente de la república.
- El Partido Revolucionario Institucional.
- El PIB con política social.
- Los acuerdos y entendimientos con los sectores invisibles del sistema (ejército, empresarios, estudiantes, iglesia católica, medios de comunicación e intelectuales).
- Y la cultura política.

Los dos primeros fueron detectados por Daniel Cosío Villegas en su ensayo *El sistema político mexicano*, armado en 1971 desde un análisis histórico y de élite “análisis de periodismo ilustrado”, lo calificó el politólogo Manuel Camacho Solís. Los tres restantes han sido profundizados desde diferentes perspectivas y ya sobre la teoría de los sistemas políticos que creó David Easton en 1951 con su largo ensayo *The political system*.

El quinto pilar abarcaba la cultura política pero también la educación. En una encuesta sobre cultura cívica realizada en México y en otros países por Gabriel Almond y Sidney Barba apareció la cultura política como un mecanismo de cohesión social y de dominación ideológica, asumiendo a la Revolución Mexicana como un aparato althusseriano de control ideológico de las élites gobernantes.

La crisis en la relación Universidad-Estado ocurrió en un triple terreno: cuando el modelo de desarrollo pasó de estatista a mixto con hegemonía privada, cuando el Estado comenzó por tanto a abrirse a egresados de universidades privadas y cuando la ideología revolucionaria dejó de tener vigencia en la construcción de consensos. La modernización social con nuevas clases —sobre todo una clase media demandante— avejentó el modelo ideológico de la Revolución Mexicana. En el 68 estalló una triple crisis: de relación del Estado con los egresados de la UNAM, de ruptura generacional cultural por el agotamiento del modelo cultural ideologizante de la Revolución Mexicana y de exigencia de recursos humanos más técnicos que sociales.

### 3.- Díaz Ordaz y la UNAM.

Formado en la Universidad Autónoma de Puebla, Díaz Ordaz tenía una opinión muy crítica de los estudiantes: se preparaban para la disputa ideológica pero no para la producción. Diputado (1943-1946), senador (1946-1952), director jurídico de la Secretaría de Gobernación (1953-1956), oficial mayor (1956-1958) y secretario de Gobernación (1958-1964), Díaz



Ordaz destacó como un perro guardián del sistema en el modelo Paul Nizan: defensor del *establishment* ante los acosos intelectuales y culturales.

En Gobernación, a Díaz Ordaz le tocó manejar la crisis en el Instituto Politécnico Nacional en 1956 y la larga crisis del sindicato magisterial 1952-1956. En ambos casos, estableció una relación orgánica con un equipo que duró hasta 1970: como oficial mayor de Gobernación trabajó hombro con hombro con el entonces oficial mayor de las Secretaría de Educación Pública, Luis Echeverría Álvarez, estableciendo una vinculación de complicidad que se completó con el encargado de la oficina de seguridad política del Estado: Fernando Gutiérrez Barrios, entonces jefe de control político de la Dirección Federal de Seguridad. Como presidente de la república, Díaz Ordaz hubo de lidiar con la ocupación militar de la Universidad Nicolaíta de Michoacán y de la Universidad de Sonora en 1967.

Para entender la lógica autoritaria de Díaz Ordaz hay que registrar que en las crisis en el IPN, Michoacán y Sonora intervino el ejército por decisión del secretario de Gobernación y sin necesidad de consultarla con

el presidente López Mateos, un dato que habría que incluir en el uso del ejército en 1968 por el secretario de Gobernación, Echeverría, y el jefe del Departamento del Distrito Federal, general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, mientras el presidente Díaz Ordaz estaba de gira por Jalisco.

Según Díaz Ordaz, hombre de dureza en opiniones y mano autoritaria, los estudiantes debían de estudiar. De ahí la respuesta militar a crisis estudiantiles.

Como secretario de Gobernación del presidente López Mateos, a Díaz Ordaz le tocó supervisar —que era la forma de observar con manejo de hilos de poder— el funcionamiento político de la UNAM, con una población que se acercaba a cien mil estudiantes. Aunque el gobierno le dejaba autonomía a la UNAM en la designación de rectores descansando más en la lógica sistémica por la presencia de priístas en los órganos de gobierno, el sistema presidencialista contaba con instrumentos de supervisión y corrección. Desde Bucareli Díaz Ordaz observó los rectorados de Nabor Carrillo Flores (1953-1961) e Ignacio Chávez (1961-1966), los dos académicos con posiciones en el sector público, pero lo hizo con los mecanismos autoritarios del sistema.

Como presidente de la república le tocó a Díaz Ordaz el final del primer periodo de Chávez en 1964, su reelección en 1965 y su renuncia forzada en 1966. La primera designación de Chávez en enero de 1961 tuvo hilos de operación política desde Gobernación, con Díaz Ordaz como secretario y Luis Echeverría Álvarez como subsecretario. Una historia escrita apareció en la *Gaceta UNAM* del 2004: la Junta de Gobierno de la Universidad estaba formada por personajes ilustres de la educación y la academia, pero todos ellos de militancia priísta y en algún momento en el sector público priísta. Uno de los personajes que condujo la sesión fue el Dr. Gustavo Baz, eminente en la UNAM pero político priísta: era en ese momento por segunda ocasión gobernador del Estado de México y pieza clave del mexicano López Mateos; por tanto, la *Gaceta* lo identificó como “vocero del presidente de la república” en la Junta de Gobierno. Así, Chávez tenía la aprobación de López Mateos.

La misma *Gaceta de la UNAM* recuerda “la hostilidad de Díaz Ordaz” con el rector Chávez. Si Díaz Ordaz se había disciplinado en 1961 como secretario de Gobernación a los deseos de López Mateos de llevar a Chávez a la rectoría, ya como presidente de la república mantuvo una relación hosca y hasta verbalmente agresiva. La leyenda urbana recuerda a Díaz Ordaz como un político práctico y autoritario, con una alta dosis de antiintelectualismo. Funcionarios del gobierno diazordacista encendieron la crisis primero en la Escuela de Economía y luego en la Facultad de derecho, identificando al vocero presidencial Francisco Galindo Ochoa en la primera y a *juniors* priístas en la segunda.

En una ocasión Díaz Ordaz recibió en Palacio Nacional al rector Chávez y le preguntó por su dolor de cabeza, a lo que el rector le respondió: “no es nada en comparación con la jaqueca que tendrá el gobierno si no atiende los problemas de los jóvenes”. En otra ocasión, contó el banquero Carlos Abedrop Dávila, un grupo de empresarios le dijo a Díaz Ordaz que el problema universitario no tenía importancia, a lo que el presidente respondió que “es algo muy serio y difícil; a ver si ese sabio doctor Chávez lo resuelve”.

La crisis de 1966 que derrocó a Chávez y encumbró en la rectoría a Javier Barros Sierra determinó la relación de la UNAM con el Estado en el periodo 1966-1969. En 1965 los estudiantes pasaron a la ofensiva: crearon la Conferencia Nacional de Estudiantes Democráticos —de fuerte contenido comunista— y en septiembre un grupo de universitarios asaltó el cuartel militar de Madera, Chihuahua, para emular la hazaña de Fidel Castro al asaltar el cuartel Moncada como el itinerario de la Revolución Cubana triunfante. En enero de 1966 se realizó en La Habana, Cuba, la Conferencia Tricontinental contra los Estados Unidos, con apoyo mexicano.

8 En febrero grupos estudiantiles de *juniors* priístas, comandados por Leopoldo Sánchez Duarte, hijo del veterano político diazordacista Leopoldo Sánchez Celis, gobernador de Sinaloa en el periodo 1963-1967 como posición de Díaz Ordaz; el junior priísta organizó una ofensiva para hacer renunciar a César Sepúlveda como director de la Facultad de Derecho, menos de dos meses antes de terminar su periodo, pero obstaculizando su reelección. Los estudiantes presionaron a Chávez. En marzo expulsaron de la Facultad de Derecho a Sánchez Duarte y a Espiridión Payán, la Asociación Nacional de Estudiantes de Derecho los apoyó y el 14 de marzo los estudiantes estallaron la huelga en Derecho.

La crisis que llevó a la renuncia de Chávez estalló en abril de 1966, provocada por grupos priístas de la Facultad de Derecho, sobre todo del Grupo Sinaloa comandado por Sánchez Duarte. En abril se eligió un comité directivo de la CNED y ahí apareció Sánchez Duarte y Rafael Aguilar Talamantes como presidente del consejo de vigilancia; los dirigentes eran priístas pero aliados a los comunistas. El 29 de abril, luego de una irrupción violenta de paristas en la torre de rectoría y en la oficina del rector y tras largas horas de angustia, Chávez renunció. En ese momento el liderazgo estudiantil estaba en manos del recientemente creado Consejo Estudiantil Universitario (CEU) con una agenda de toma de control político de la UNAM.

El 5 de mayo designaron rector a Javier Barros Sierra para el periodo 1966-1969.



#### 4.- **Barros Sierra, Díaz Ordaz y la sucesión presidencial de 1964.**

El ingeniero Javier Barros Sierra se había forjado en la UNAM como director de la Facultad de Ingeniería a mediados de los años cincuenta. Ahí participó en la creación del consorcio Ingenieros Civiles Asociados, una organización de ingenieros dedicados a la obra pública concesionada. El sistema político le otorgó grandes contratos como apoyo por su formación universitaria. Ahí Barros Sierra entabló relaciones políticas con las élites del poder priísta institucional. López Mateos lo designó director del Instituto Mexicano del Petróleo pero duró apenas unos meses porque en diciembre de 1958 fue nombrado secretario de Comunicaciones y Obras Públicas del gabinete presidencial con la tarea de separar las dependencias y quedarse él solamente con Obras Públicas por su experiencia como ingeniero y en ICA.

En el gabinete de López Mateos funcionaba el secretario de Gobernación como el coordinador político o jefe de gabinete, con la total confianza del presidente de la república, quien se refería al poblano cariñosamente como “Gustavito”. Los dos habían sido senadores (1946-1952) bajo la presidencia de Miguel Alemán. Por su carácter y su cercanía personal a López Mateos, los secretarios del gabinete sufrieron en su trato ríspido con Díaz Ordaz. Barros Sierra fue uno de ellos, porque también tenía el afecto del presidente de la república aunque él mismo no era político sino técnico y humanista.

Los dos chocaban porque Barros Sierra se consideraba un universitario como condición intelectual y Díaz Ordaz se asumía como un político forjado en la práctica, además cargaba con resentimiento haber egresado de una universidad de provincia y no pertenecer a la alcurmia de la UNAM. En su perfil de Díaz Ordaz, el periodista José Cabrera Parra cuenta tres anécdotas:

En una ocasión se encontraron Díaz Ordaz y Barros Sierra al cruzar una puerta y el primero, con cortesía fingida, le hizo una broma cargada de ironía: “primero los sabios”, a lo que Barros Sierra contestó: “primero los resabios”.

En otra ocasión, Barros Sierra supervisaba la construcción de carreteras y cuando decían que López Mateos ya había decidido como sucesor a Díaz Ordaz, el secretario de Obras Públicas dijo que iba a cambiar el letrero de “poblado próximo” por el de “poblano próximo”.

Y cuando le preguntaron a Barros Sierra su opinión sobre la candidatura de Díaz Ordaz, el aún secretario de Obras Públicas respondió: “de aquí en adelante todos tendremos que hablar de dientes para fuera”.

Las relaciones entre Díaz Ordaz y Barros Sierra entraron en una zona complicada con la sucesión presidencial de 1964, resuelta en 1963. A pesar de su preferencia por “Gustavito”, López Mateos jugó con las espec-

tativas y en los medios metieron a Barrios Sierra como precandidato. En 1959, por ejemplo, Barrios Sierra fue el orador oficial en la ceremonia del 16 de septiembre en nombre de los tres poderes de la unión —como se acostumbraba en el sistema político priísta que centralizaba en la figura presidencial a los poderes legislativo y judicial—, lo que lo colocó en la pasarela del primer círculo del poder político.

La sucesión presidencial de 1964 tuvo siempre a Díaz Ordaz en la punta de las preferencias, pero el presidente López Mateos manejó otros funcionarios como parte de las reglas del sistema político priísta para el reparto de espacios de poder. Por ello buscaron el favor presidencial Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda, Raúl Salinas Lozano, secretario de Economía-Industria y Comercio, el jefe del DDGF Ernesto P. Uruchurtu, el secretario de la Presidencia, Donato Miranda Fonseca, y el líder del senado Manuel Moreno Sánchez, además de Barros Sierra.

De hecho, mientras los demás esperaban señales del presidente López Mateos, el choque político más fuerte se dio entre Díaz Ordaz y Miranda Fonseca. El secretario particular del presidente López Mateos, Humberto Romero Pérez, fue un ariete contra Díaz Ordaz. Pero el diazordacismo tenía un equipo bastante eficaz que llegó a 1968 y hasta 1970: Gutiérrez Barrios en la Federal de Seguridad y por tanto la información política, Alfonso Corona del Rosal como presidente del PRI en el destape de 1963 y la operación de la campaña, Luis Echeverría Álvarez como un perro político de caza como subsecretario de Gobernación.

10

A pesar de que la sucesión de 1963-1964 enfrentó a Díaz Ordaz con Barros Sierra, de manera no explicada el presidente Díaz Ordaz permitió el nombramiento de Barros Sierra como rector en mayo de 1966. Los datos revelan, en todo caso, el hecho de que la UNAM se enfilaba hacia un colapso político por la presencia de la ultraderecha católica, el PAN, el PRI y el Partido Comunista Mexicano, además de grupos estudiantiles simpatizantes y promotores de la guerrilla. En este contexto, Barros Sierra llegaba a la UNAM proveniente del sistema político priísta en su rango más alto —el gabinete presidencial— y entendía la lógica sistémica como para apaciguar a los universitarios siendo un rector salido de la propia universidad.

## 5.- La crisis del 68.

Con el obturador abierto, la crisis política estudiantil de 1968 no nació por generación espontánea, ni se concentró sólo en los meses julio-diciembre de ese año, ni se encontró en el camino, ni fue provocada por la intervención de los granaderos, ni menos aún se impuso el resentimiento del presidente Díaz Ordaz hacia la UNAM *vis a vis* universidades del in-

terior de la república abandonadas por el gasto público y la federación. Un choque entre *porros* —grupos juveniles organizados para eventos deportivos pero proclives a la violencia, los *hooligans* mexicanos— llevó a una marcha para celebrar el aniversario del asalto al cuartel Moncada en Cuba. La reacción autoritaria del gobierno no midió siquiera las dimensiones del conflicto, menos sus antecedentes y desde luego que tampoco previó consecuencias: fue una reacción típica del carácter del presidente Díaz Ordaz.

Pero para entender el 68 hay que tener un escenario más amplio:

Económico: el país casi terminaba un segundo sexenio de estabilidad con tasas promedio anual del PIB de 6%, inflaciones anuales de 2%, salario real positivo, política social estabilizadora, desempleo estructural y tipo de cambio fijo y libre por consecuencia del desarrollo estabilizador —control inflación-devaluación como eje—. Los problemas en el campo no eran mayores por el factor anticrisis de subsidios y política paternalista. Y el control obrero había resistido la organización independiente de los obreros.

Político: el país se movía en el equilibrio izquierda-derecha. La presión interna de la Revolución Cubana se estabilizaba con el papel no imperialista de la política exterior mexicana y la decisión de no obedecer la consigna de la OEA y mantener las relaciones diplomáticas con La Habana. La lista de factores desestabilizadores era larga pero ninguno de ruptura: el cubanismo del general Cárdenas, el surgimiento de la guerrilla urbana con el asalto al



cuartel del municipio de Madera en Chihuahua, la guerrilla rural con Lucio Cabañas en 1967, la derecha reactivada por Cuba al grito de “cristianismo sí, comunismo no”, el Partido Comunista Mexicano derrotado en los sindicatos se refugió en las universidades públicas del interior y en la UNAM, el papel activo de la Juventud Comunista del PCM, el endurecimiento del gobierno con el uso de militares contra protestas sociales, la decisión de Díaz Ordaz en el caso del movimiento médico en 1964-1965 de no negociar con disidentes y el endurecimiento de la Secretaría de Gobernación a cargo de Luis Echeverría Álvarez. El PRI seguía ganando por el control gubernamental de la estructura electoral y la oposición panista era leal.

Escenario internacional: La intervención estadounidense en Vietnam se politizó y provocó movilizaciones de oposición entre los jóvenes, el mayo francés repercutió en México, la ruptura generacional aquí entró por el existencialismo francés, el hipismo estadounidense, el uso de la marihuana en las clases medias y estudiantiles, la vieja clase adulta no puenteo a las nuevas realidades, la rebeldía se convirtió en una moda, el posmodernismo liquidó la tradición heredada de la Revolución Mexicana, las olimpiadas iban a convertirse en el salto de México a la exposición internacional, los EU habían decidido no hacer esfuerzos para entender al sistema político priísta y prefirieron negociar directamente con el presidente de la república.

12



Estabilidad del sistema político. A pesar de las protestas y las represiones, el sistema político priísta permanecía con un alto grado de credibilidad política y social. El pensamiento histórico seguía concitando consensos y la encuesta de Almond y Verba reveló a la Revolución Mexicana y a la institución presidencial como los factores de consenso nacional. La ciencia política en su enfoque de análisis seguía sin independencia teórica de la historia y del sistema y dependiente del Estado vía la UNAM. La Revolución Mexicana operaba como el factor de consenso nacional y los debates giraban en torno a avances o traiciones, pero todo dentro del discurso histórico. El control sobre los medios de comunicación dejaba algunos resquicios de despresurización: el periódico *Excelsior* a partir de 1964 y más luego de 1968, la revista *Siempre!*, el suplemento *México en la cultura* del periódico *Novedades* 1949-1962 y su continuación como *La cultura en México* en *Siempre!* 1962-1985, la revista *Política* 1960-1967 y la semiclandestina revista *Por qué?* que le abrió páginas a la guerrilla guerrerense, además del periódico *Oposición* del PCM. Pese a estos espacios, la estabilidad se basaba en el mayoritario consenso social.

La disidencia. Aglutinada en sindicatos, universidades públicas y medios aperturistas, la oposición política carecía de penetración social. El PCM lidiaba con el peso histórico de la Revolución Mexicana, al grado de que su reunión de marxistas de 1947 sólo introdujo más confusión. El PRI había abierto un espacio a la izquierda socialista pero a condición de aceptar la Revolución Mexicana y los generales Francisco J. Mújica, Heriberto Jara y Lázaro Cárdenas actuaron como jefes morales de la izquierda priísta revolucionaria, sin salirse del sistema. Así, el PRI albergaba a los extremos en su seno. Los intelectuales progresistas, que citaban a Marx, Mao y a Moscú, se arropaban en la izquierda priísta sin encarar al gobierno. López Mateos se declaró (2 de julio de 1960, *Novedades*) “de extrema izquierda dentro de la Constitución” y el conservador Díaz Ordaz le abrió espacios a la derecha pero sin cerrar las puertas de la izquierda dentro del PRI. El sistema de partidos con dos paraestatales (PARM y PPS) y uno de oposición leal (PAN) legitimaban el funcionamiento del sistema de control estatista.

El México de mediados de 1968 era el mismo de siempre, tenso pero con instancias de control. De no haber estallado el conflicto estudiantil y llegado al 2 de octubre, el escenario contrafactual hubiera sido otro. A partir de la dialéctica estabilidad-ruptura, Octavio Paz dictó una conferencia en Austin, Texas, para analizar el escenario mexicano como apunte posterior a *El laberinto de la soledad* (1950) —que publicó como *Posdata* en 1970— y ahí abrió con la tesis de que 1968 era un año axial, aunque sólo como referencia a la inestabilidad nacional e internacional. Basado en sus cartas al presidente Díaz Ordaz antes del 2 de octubre comentando algunas de las razones del descontento

juvenil, Paz rehízo sus tesis críticas y partió del simbolismo de cambio. La referencia al concepto axial venía del filósofo alemán Karl Jaspers en su libro *Origen y meta de la historia* (1951 en alemán, 1965 en español) y su criterio del tiempo-eje, “un eje de la historia universal”; para Jaspers, un eje axial fue el año 500 a.C., pero con límites: 800 a.C.-200 a.C., años en los que nacieron las diferentes civilizaciones y el pensamiento filosófico en el mundo. El 68 sí fue año de cambio, pero nunca se debatió si en el concepto de tiempo-eje fundacional; en todo caso, las protestas de agotamiento de una generación estallaron con violencia en 1968. Se trató, eso sí, de un año revolucionario.

## 6.- El movimiento estudiantil mexicano del 68.

Por su origen real, el movimiento fue antiautoritario (con datos de Gerardo Peláez Ramos). El 22 de julio se enfrentaron a golpes estudiantes de la Escuela Vocacional 2 del Instituto Politécnico Nacional con los de la escuela preparatoria Isaac Ochoterena incorporada a la UNAM. Al día siguiente, 23 de julio, hubo otro choque violento: estudiantes de las prepas 2 y 6 de la UNAM contra los de la Ochoterena. Los de la UNAM recibieron el apoyo de la Vocacional 5. La reacción oficial fue enviar granaderos y éstos penetraron en instalaciones de la Voca 5. En protesta, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales —ascendida de Escuela a Facultad en ese 1968— declaró una huelga indefinida.

14

El 26 de julio, día de celebración del inicio de la Revolución Cubana, se realizaron dos manifestaciones: la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos nacida en la UNAM y la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos articulada al Politécnico. Las dos marchas se unieron y se dirigieron al zócalo pero la policía las reprimió; como en el mayo parisino, se pusieron algunas barricadas. Por la noche, la policía política de la Federal de Seguridad allanó las oficinas del PCM. El 30 de julio se incorporó el Ejército a la seguridad pública, *bazucazo* en la prepa 3, toma de instalaciones de prepas y vocacionales. Ese 30 de julio se declaró la ruptura institucional: el rector declaró que era un día de luto nacional e izó la bandera mexicana a media asta en la explanada de Ciudad Universitaria.

El escenario estaba fijado: protestas sin control de estudiantes, violencia entre grupos estudiantiles, politización de marchas, intervención agresiva de las policías y cientos de estudiantes detenidos, sin ningún mecanismo de control político del gobierno, autoridades de la UNAM al lado de los estudiantes y sin ejercer sus funciones de estabilización. Sin espacios de mediación, la polarización política entró en una montaña rusa a toda velocidad. Hacia finales de septiembre comenzaron las negociaciones, pero con pocas posibilidades de llegar a algún lado. El 2 de octubre se realizó el mitin en Tlatelolco y personas armadas del lado de los estudiantes (testi-

monios de Marcelino Perelló) cruzaron disparos con militares. El resultado fue el colapso del movimiento estudiantil, de la UNAM, del presidente Díaz Ordaz, del gobierno y del Estado.

Antes del 22 de julio el ambiente estudiantil se había enrarecido por la lucha política. La crisis de 1966 que llevó a la renuncia forzada del rector Ignacio Chávez y el ascenso acotado de Javier Barros Sierra como rector provocaron nuevos equilibrios políticos en la UNAM y el reconocimiento a estructuras estudiantiles de activistas.

La participación del Partido Comunista cambió el eje del activismo estudiantil al introducirle una racionalidad ideológica y sistémica. Las autoridades de la UNAM decidieron no permanecer ajenas al conflicto y le entraron al análisis integral del conflicto. El Consejo Nacional de Huelga se convirtió en una Babel sin control. De ahí que el PCM y el Consejo Universitario de la UNAM fijaron la agenda de los pliegos petitorios que después llevaría al propio CNH a diseñar el propio.

El PCM tenía claro el conflicto sistémico (Sergio Zermeño): libertades democráticas, libertad de los presos políticos, supresión del artículo 145 bis del código penal que criminalizaba la disolución social, salir a la calle a defender la Constitución. El Consejo Universitario elaboró un pliego de peticiones el 15 de agosto: respeto a la autonomía, respeto a las garantías individuales, no intervención del ejército y la policía, reparación de daños, libertad a estudiantes presos y deslindamiento de responsabilidades de las autoridades. Y ante la propuesta de Gobernación de un diálogo, el CNH elaboró el pliego petitorio definitivo: libertad a los presos políticos, derogación de los artículos 145 y 145 bis del código penal, desaparición del cuerpo de granaderos, destitución de los jefes policiacos, indemnización a los familiares de los estudiantes muertos y deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios involucrados en la represión.

Las salidas vía pliegos no dieron resultados. El 15 de septiembre los estudiantes dieron el *Grito de Independencia* en la explanada de CU y el 19 el Ejército entró a Ciudad Universitaria a detener a líderes. El 23 de septiembre el rector Barros Sierra presentó su renuncia y en la Cámara de Diputados fue sometido a un linchamiento político. El 27 de septiembre, luego de desplegados de apoyo, el rector retiró su renuncia que era irrevocable. El 2 de octubre estalló la violencia en Tlatelolco. Hacia finales de año el rector dijo que no se presentará para reelegirse.

El movimiento estudiantil se polarizó, no quedó algún espacio intermedio para negociaciones políticas. La politización del conflicto trasladó sus principales variables fuera de la UNAM. La intervención de la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos y el Partido Comunista Mexicano dinamizaron a los estudiantes en las movilizaciones. Los llamados del rector Barros



16

Sierra a la serenidad chocaron con las acciones represivas de las autoridades y la intolerancia política de los radicales. La configuración del CNH impedía acuerdos y cronogramas sensatos. De hecho nunca existió un campo intermedio para la negociación. Los estudiantes ganaron la calle y no la soltaron.

### 7.- El papel del rector: opciones y realidades.

La parte más importante del enfoque desde las élites sobre la crisis del movimiento estudiantil mexicano del 68 radica en el papel jugado por Javier Barros Sierra como rector. Hombre probo, funcionario reconocido y universitario convencido, Barros Sierra fue director de la Facultad de Ingeniería como único empleo antes de la rectoría. Al ser llamado para ocupar el máximo cargo en la UNAM, Barros Sierra estaba en sector privado. De 1958 a 1964 había sido secretario de Obras Públicas del gobierno de Adolfo López Mateos. El cargo en el IMP en 1958 fue breve y como reconocimiento a su capacidad técnica.

La UNAM en 1966 hervía de problemas; la caída del rector Ignacio Chávez requería de una personalidad capaz de reconstruir el tejido político-estudiantil. En sus conversaciones con Barros Sierra, Gastón García Cantú, entonces director de Información de la UNAM, afirmó que el programa de trabajo del nuevo rector tenía mucho del Consejo Estudiantil Universitario, formado al calor de la crisis del rector Chávez. Las exigencias estudiantiles giraban en torno a romper la hegemonía de la élite universitaria en los organismos de dirección de la UNAM: la Junta de



Gobierno y el Consejo Universitario; el CEU pedía la desaparición de la Junta que nombraba rectores y mayor paridad estudiantil en el Consejo; además, los estudiantes exigían mayor libertad de organización y mejoras en los programas de estudio. Así, el desafío del nivel rector era triple: educativo, de equilibrio de poder interno y de relaciones con el Estado, el gobierno y su partido.

De mediados de 1966 a mediados de 1968, el ambiente en la UNAM no fue ajeno a las acciones represivas del gobierno de Díaz Ordaz: la ocupación militar de la Universidad Nicolaíta de Michoacán (1966), la toma militar de la Universidad de Sonora (1967), la masacre de copreros en Acapulco en 1967, la matanza de Atoyac en 1967, según recuento de Raúl Jardón. A lo largo de 1965 y la mitad de 1966 el gobierno arrestó a líderes estudiantiles por organizar activismos en las universidades públicas. A diferencia del PRI que carecía de un sector juvenil, el PCM echaba mano de los dirigentes de la Juventud Comunista.

La tarea de Barros Sierra como rector fue prioritariamente universitaria, aunque hacia el interior de la Junta de Gobierno se tomó en cuenta su experiencia en el sector público y su participación en el gabinete del presidente López Mateos, es decir, su experiencia sistémica. Al asumir el cargo, Barros Sierra pareció tomar la opción de rector y disminuir sus relaciones con el poder. Si el gobierno federal le dejaba espacios a la autonomía universitaria, en realidad mantenía instrumentos de control político, sobre todo vía estudiantes y profesores activistas que pertenecían al PRI. No se olvide el hecho de que el hijo del gobernador diazordacista de Sinaloa había operado la caída del rector Chávez desde la Facultad de Derecho. Pero muchos maestros militaban en el PRI con la esperanza de algún día incorporarse al sector público.

Esta parte es la esencial de este ensayo: las opciones y las decisiones del rector Barros Sierra ante el conflicto universitario iniciado el 22 de julio. Las opciones eran tres, ya fueran aisladas o articuladas, y todas ellas con el segundo pensamiento de su participación en el poder durante el gobierno de López Mateos:

- 1.- Actuar como líder universitario, al margen y hasta en contra del poder político priísta para la estabilidad universitaria.
- 2.- Representar los intereses del sistema político priísta al interior de la UNAM, con margen de maniobra educativo.
- 3.- Permanecer al margen y aislar a la UNAM de los conflictos con algunos mecanismos institucionales de mediación.

La agenda prioritaria de Barros Sierra, a decir de García Cantú, era universitaria porque su toma de posesión ocurrió a raíz de la defenestración del rector Chávez y la expulsión ignominiosa y humillante del despacho de la rectoría. Pero la información política registraba todos los días en los

medios el calentamiento de los grupos universitarios y estudiantiles en movilizaciones contra el sistema político priísta. La relación institucional de Barros Sierra con el sector central del gobierno federal era con Luis Echeverría Álvarez como secretario de Gobernación, el escritor Agustín Yáñez como secretario de Educación Pública y Antonio Ortiz Mena como secretario de Hacienda. Como rector, recuerda García Cantú, a Barros Sierra le tocó oponerse a la idea de Ortiz Mena de convertir el subsidio a la UNAM en un sistema de becas para subrepticamente subir las cuotas de estudios; aunque el programa fracasó, de todos modos dejó inquietud en la comunidad estudiantil.

Frente al movimiento, Barros Sierra tomó sus opciones:

Si como rector pudo haber intermediado entre el gobierno y los estudiantes, su posicionamiento al lado de los estudiantes y frente al Estado ocurrió el 30 de julio, apenas ocho días de estallada la crisis: por el bazucazo en la Prepa 3, la toma de preparatorias y el arresto de estudiantes, el rector apareció en su primer mitin y adoptó tres pronunciamientos que fijaron el punto de no retorno y que impidieron la construcción de puentes de negociación de la UNAM con el gobierno:

1.- La bandera a media asta en la explanada de CU.

2.- La afirmación de que era “un día de luto para la Universidad”.

3.- Y la advertencia de que la autonomía estaba “amenazada gravemente”.

18

El breve discurso del rector fue ajeno a alguna consideración de negociación política. Su presencia en el acto lo llevó a liderar la resistencia. Si bien es cierto que era una exhibición de energía necesaria para tratar de contener el avance de la represión, en su discurso no abrió ningún espacio de distensión y, por el contrario, convocó a “dirigir nuestras protestas” con inteligencia y energía. AL meter el concepto de autonomía en riesgo en su discurso político, Barros Sierra enardeció a los estudiantes y cerró cualquier puerta de salida del conflicto porque éste se polarizó en la dialéctica victoria-derrota para uno sólo de los contendientes.

Las palabras de Barros Sierra lo afianzaron en la rectoría al lado de los estudiantes, pero lo alejaron de cualquier espacio de diálogo con el poder. Ahí se fijó el territorio de batalla política polarizada que condujo a Tlatelolco. El rector tenía la suficiente fuerza moral y la representación universitaria para negociar con el poder la disminución de los mensajes autoritarios y de represión. Inclusive, García Cantú consideró que el discurso del luto y la bandera a media asta marcaron “el principio de lo que sería el movimiento estudiantil”. ¿Qué hubiera pasado si la rectoría, la Junta de Gobierno y el Consejo Universitario protestaban solamente vía boletín y no con un mitin? La historia contrafactual y las ucronías son a veces sólo divertimentos; pero en situaciones de conflicto ayudan a cuan-

do menos analizar hechos pasados en escenarios más abiertos. El rector se metió ese 30 de julio de lleno al liderazgo institucional del conflicto y se quedó atrapado en el lado de los adversarios del sistema priísta. La defensa que hizo el rector de la autonomía era necesaria, pero pudo haber sido un error político porque dañó más la autonomía el activismo del rector al encabezar marchas y protestas, en lugar de negociar con el poder. El carácter autoritario de Díaz Ordaz era maniqueo, como todo autoritarismo arbitrario, rayando en el enfoque schmittiano de la política como la relación amigo-enemigo que nutrió los autoritarismos y el fascismo alemán, y además se convertía en enfermizo cuando sus principales colaboradores le atizaban con informaciones interpretadas y por tanto sesgadas.

En este sentido, Díaz Ordaz vio muy pronto —a ocho días de iniciado el conflicto— que carecía de un interlocutor en la comunidad universitaria. Es verdad que la invasión de dos prepas y el bazucazo a la puerta de la Prepa 3 eran actos mayores que requerían de una respuesta diríase que de igual magnitud en sentido contrario, pero esta percepción operaba en situaciones de guerra militar donde hay amigos-enemigos y no en contextos de conflictos sociales entre el Estado y una institución subsidiada por el Estado. De ahí que el rector Barros Sierra haya respondido a la lógica amigo-enemigo de Díaz Ordaz con movimientos amigo-enemigo y se colocara en la trinchera contraria.

A lo largo de los siguientes días, la rectoría estuvo al lado de los estudiantes como muro de contención de la violencia, pero teniendo dentro del movimiento estudiantil radicalismos proclives al choque físico con la policía. Al discurso del luto y la bandera a media asta le siguió, dos días después, una manifestación en las calles encabezada por el rector Barros Sierra: de CU al monumento a Álvaro Obregón sobre Insurgentes Sur y de regreso a CU. Fue una marcha pacífica, sin estridencia, sólo de protesta por la intervención militar en instalaciones universitarias. El rector aclaró que encabezaba esa manifestación “por petición de numerosos sectores de maestros y estudiantes de la Universidad”. De nueva cuenta aquí cabe el mismo análisis: el rector pasó a formar parte de la comunidad agraviada y encabezó la protesta que le quitó autoridad moral para cualquier negociación política con el gobierno. Al interior del aparato político del gobierno federal, Barros Sierra era caracterizado como el *jefe político* del movimiento con los argumentos de que aparecía al frente de las protestas, cuando su condición de rector de una institución subsidiada por el Estado y el gobierno le otorgaba ciertas características para prioritariamente negociar con los funcionarios. El carácter de gobernante ofendido de Díaz Ordaz asimiló ese análisis tendencioso de sus colaboradores. Al final, en el grupo operador de, gobierno —Defensa Nacional, Gobernación, SEP, Departamento del

Distrito Federal, DFS y presidencia— las evaluaciones se hacían en función de la dinámica de las movilizaciones estudiantiles y populares.

El análisis de las opciones del rector debe hacerse sin apasionamientos y en la doble lógica: como universitario ofendido pero también como rector con experiencia política y sabedor de que el cargo de rector implicaba no sólo la defensa de la autonomía y de los estudiantes reprimidos, sino sensibilidad política para negociar con las autoridades del Estado la distensión del conflicto. La decisión del rector Barros Sierra de sólo liderar el movimiento a partir de su cargo y de la defensa de la autonomía no hizo más que potenciar las movilizaciones porque el gobierno careció de una interlocución de alto nivel del lado de la UNAM. Las acciones de huelgas, paros y fundación de organismos sociales de defensa de estudiantes y maestros fueron también una consecuencia de la conducta del rector al lado de los estudiantes.

Las marchas, las exigencias del CNH de diálogo abierto y público en el zócalo el primero de septiembre —día del informe presidencial— y la ausencia de nueva cuenta de instancias de distensión llevaron al movimiento a una dinámica sin freno. Las circunstancias ayudaron al fortalecimiento del sector oficial: el sistema político priísta se protegió a sí mismo, por lo que tampoco hubo espacios para buscar la negociación: los estudiantes querían derrotar al gobierno y el gobierno quería derrotar a los estudiantes. El 18 de septiembre el ejército entró a Ciudad Universitaria como punto culminante de la ofensiva gubernamental escalada y el 22 ocupó las instalaciones del IPN en Zacatenco.

20

El mitin en Tlatelolco se realizó cuando habían apenas comenzado algunas pláticas con funcionarios menores: el priísta Jorge de la Vega Domínguez, secretario del Instituto de Estudios Políticos Económicos y Sociales del PRI (IEPES), y el funcionario Andrés Caso Lombardo. Los dos, sin embargo, carecían de influencia en Gobernación y menos en Los Pinos. Y del lado de los estudiantes era prácticamente imposible tener consenso porque el CNH estaba dividido por facultades, escuelas y centros de estudios superiores, además de la penetración del PCM y de la CNED; con Caso se reunieron Gilberto Guevara Niebla, Anselmo Muñoz y Luis González de Alba.

Las negociaciones del rector Barros Sierra con el gobierno no habían sido tales, sino apenas algunas conversaciones. El rector le contó a García Cantú, por ejemplo, su conversación con Alfonso Martínez Domínguez, entonces presidente del PRI y operador político de Díaz Ordaz, en la que se trató la carta de renuncia del rector que el gobierno no la consideraba positiva. Los dos se habían conocido en el sexenio de López Mateos, Barros Sierra como secretario de Obras Públicas y Martínez



Domínguez como líder de la Cámara de Diputados. Según el rector, esa reunión fue de quejas por la campaña en medios en su contra por mem- **21**  
bretes gubernamentales. Pero ahí no pudo salir alguna agenda real para la solución del conflicto.

A García Cantú también le contó Barros Sierra una conversación con el presidente Díaz Ordaz y ahí apareció uno de los problemas serios del conflicto: las fallas en la intercomunicación, pues intereses de ambos lados funcionaban como teléfonos descompuestos. Según Barros Sierra, el presidente de la república se quejó que no le había llegado al rector un mensaje enviado desde Guadalajara: que el rector debía encabezar la marcha del primero de agosto de CU al monumento a Álvaro Obregón. Aunque no le explicó las razones, la interpretación más sensata era la que establecía la necesidad de que el rector apareciera como cabeza universitaria para tener sólo una instancia de negociación. ¿Cuál hubiera sido el rumbo del movimiento si el rector hubiera recibido el mensaje presidencial y luego de la marcha se hubieran abierto canales de negociación? La marcha del primero de agosto como ofensiva del rector fue dos días después del mitin en CU y de la bandera a media asta. Pero una cosa era encabezar la marcha para liderar el movimiento y otra hacerla con el entendimiento con el presidente Díaz Ordaz; la primera potenció el movimiento, la segunda hubiera abierto canales de solución.

Barros Sierra no contó más del contenido de su conversación con Díaz Ordaz, aunque habló que ahí salió la propuesta del rector de que los negociadores del gobierno fueran De la Vega Domínguez y Caso Lombardo. Sin embargo, las fechas no coincidieron porque esa línea de negociación ocurrió después de la entrada militar a CU. De todos modos, Barros Sierra y Díaz Ordaz se encontraron para buscar una salida, pero el rector de dijo a García Cantú que él llegó a las conversaciones en su condición de rector ofendido. Al final, entre presidente y rector no hubo el clima mutuo de tolerancia para encontrar caminos de solución al margen de las ofensas.

En este contexto, el rector de la UNAM tuvo espacios para liderar el movimiento con posibilidades de búsqueda de soluciones, pero su condición de parte ofendida, su decisión de solo defender la Universidad y el desbordamiento de grupos políticos universitarios impidió caminar por el sendero de la negociación. El conflicto se quedó sin espacios intermedios de solución. Del otro lado hubo un carácter diríase que compatible en intolerancia: un presidente de la república que vio menguado el principio de autoridad y una clase política que no entendió la lógica política por la democracia detrás del movimiento estudiantil.

## 8.-. La sucesión presidencial de 1970.

22

En medio del conflicto también tuvo que ver el clima de sucesión presidencial. Los principales involucrados estaban en competencia por la candidatura presidencial priísta de 1970: Echeverría Álvarez, el secretario de la Presidencia Emilio Martínez Manautou, y el jefe del DDF Corona del Rosal. El secretario de Educación Pública, Agustín Yáñez, fue desplazado. Al final, la complicidad de la sangre facilitó la candidatura de Echeverría pero éste rompiendo pronto con Díaz Ordaz. Hay que anotar también que Echeverría se ganó la candidatura no sólo por Tlatelolco y el 68 sino por la operación política de represión que lo unió a Díaz Ordaz desde 1956 ante el movimiento magisterial. En diciembre de 1958 López Mateos designó secretario de Gobernación a Díaz Ordaz y éste premió a Echeverría por su papel desde la SEP contra los maestros con la subsecretaría —la única— de Gobernación. Al ascender a presidente de la república, Díaz Ordaz designó a Echeverría como secretario de Gobernación. Por tanto la complicidad no fue Tlatelolco sino el aparato de represión social desde 1956.

El escalamiento del conflicto estudiantil tuvo otro sector afectado por las contradicciones: los intelectuales. A ellos les ocurrió lo mismo que los estudiantes: se quedaron sin proyecto social que apoyar. La mayor parte de ellos articulados a la UNAM, a la hora del conflicto se vieron obligados a transitar hacia los nuevos espacios ideológicos. Lo interesante fue ver

cómo algunas figuras destacadas se movieron del apoyo al régimen a su crítica, aunque al final las aguas regresaron a su nivel y ellos también.

Los casos de dos grupos intelectuales fueron significativos en sus oscilaciones: el de Carlos Fuentes y Enrique González Pedrero y el de Gastón García Cantú, el primero identificado con el cardenismo colocado a la izquierda del PRI y el segundo más funcional a los grupos no históricos pero en el Estado. Fuentes estuvo en París durante los acontecimientos de mayo en Francia y julio-octubre en México, apoyó al movimiento desde lejos y asumió las lecciones del 68 como parte de la reorganización del sistema político y los afanes de democratización. En sus ensayos de *Tiempo Mexicano* recogió Fuentes el lado positivo del movimiento.

González Pedrero tuvo otro escenario: le tocó ser director de la Escuela de Ciencias Políticas y el tránsito a Facultad en 1968 y lidiar con la primera huelga que se decretó en su escuela apenas después de las represiones del 22 y el 26 de julio. Formado en Francia e introductor de Gramsci en los programas estudio, González Pedrero militaba en el PRI desde 1949. Durante el movimiento del 68 no tuvo ninguna presencia destacada. Junto con Fuentes fundó el Grupo El Espectador y participó en la dirección colectiva de la revista *El Espectador* que circuló apenas doce números en 1959. La línea editorial fue la de defender el enfoque histórico de la Revolución Mexicana en su vertiente cardenista. En un ensayo publicado en el libro *El gran viraje*, González Pedrero fijó la tesis polémica de que “la izquierda en México nació con la Revolución Mexicana”. En la campaña de 1970 se incorporó al grupo de Echeverría, fue senador, director de Canal 13 y secretario general del PRI con Jesús Reyes Heróles, y rompió con el sistema en 1987 con Cárdenas y luego se incorporó al PRD.

García Cantú estuvo registrado como profesor de la Facultad de Ciencias Políticas; en 1968 fue director de Información del rector Barros Sierra, y antes había sido director de Información de la Secretaría de Obras Públicas durante la gestión de Barros Sierra en esa dependencia. Como historiador abrió líneas en tres temas fundamentales: los liberales del siglo XIX, las complicadas relaciones con los Estados Unidos y la indagación de las raíces del socialismo en el siglo XIX. En 1972 García Cantú publicó el libro *Javier Barros Sierra 1968. Conversaciones* donde registró el itinerario del rector.

Fuentes y García Cantú podrían ser casos significativos sobre los intelectuales y el movimiento estudiantil: uno seguidor del cardenismo y el otro colaborador de Barros Sierra, los dos cercanos al sistema y ambos en áreas de confrontación con el Estado por el movimiento estudiantil. Los dos, a su manera, superaron el conflicto de lealtades después del 2 de octubre, a

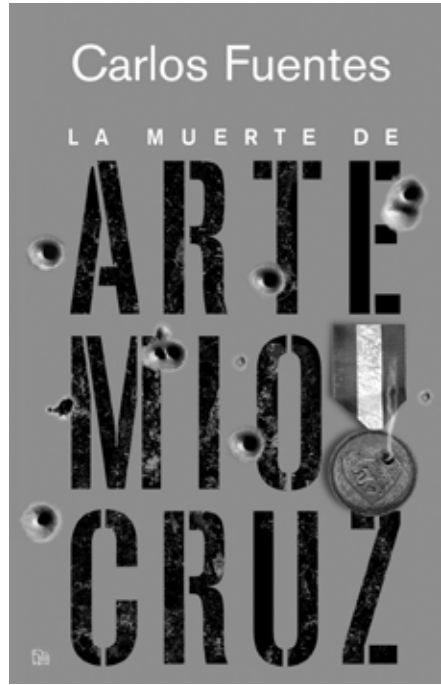
pesar de relaciones de tensión con el poder político institucional, y regresaron a los territorios del sistema político priísta al cual culparon de la represión del 68.

Carlos Fuentes se vinculó a Cárdenas y lo vio como la posibilidad de regresar al cauce original de la Revolución Mexicana; en 1962 publicó la novela *La muerte de Artemio Cruz* que pudo leerse como un alegato póstumo de la revolución traicionada por las perversiones del poder y la corrupción de sus élites revolucionarias. Luego de entusiasmarse con la Revolución Cubana, en 1959 participó en la dirección colectiva de la revista *El Espectador* apoyando los aspectos progresistas de funciona-

24

rarios del gobierno. En 1960 se sumó a los colaboradores de la revista *Política* fundada por Manuel Marcú Pardiñas, pero en 1964 renunció publicando en la revista *Siempre?* un ensayo de apoyo nada menos que a Gustavo Díaz Ordaz como candidato presidencial del PRI, señalándolo como el garante de la viabilidad de la Revolución Mexicana. En 1968 publicó un reportaje del mayo francés y terminó con una declaración de fe marxista. En 1971 alcanzó a incorporar al último ensayo de *Tiempo Mexicano* un párrafo de defensa del presidente Luis Echeverría Álvarez acreditando la represión del 10 de junio por parte de los *halcones* como una maniobra de la derecha, aunque todos los datos hablaban de la responsabilidad del Estado. En el gobierno de Echeverría operó relaciones del presidente con intelectuales y en 1975 aceptó la embajada de México en Francia y se incorporó como miembro del consejo consultivo del IEPES del PRI participando como orador en la campaña presidencial de José López Portillo. Rompió con el gobierno en 1977 cuando López Portillo designó a Gustavo Díaz Ordaz como el primer embajador de México ante la España democrática, pero mantuvo su militancia en los espacios del priísmo progresista cardenista.

García Cantú terminó su gestión en 1969 en la UNAM y aceptó la dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia que le dio López





Portillo. Durante el gobierno de Echeverría ejerció la crítica política en el periódico *Excelsior* y sus textos fueron parte de la irritación de Echeverría y de la maniobra gubernamental para expulsar a Julio Scherer García de la dirección del periódico; García Cantú abandonó el edificio de *Excelsior* del brazo de Scherer.

Lo interesante del caso de García Cantú fue su participación en un grupo de intelectuales que en 1969 se sumó al equipo de trabajo de Emilio Martínez Manautou, secretario de la Presidencia, como precandidato presidencial priísta. El dato es valioso porque mostró a intelectuales universitarios que vivieron de cerca los choques violentos de estudiantes de la UNAM con el poder represivo del Estado, pero después se acogieron a funcionarios del sistema. El 19 de mayo de 1969, cuando el proceso de sucesión presidencial estaba ya en la recta final, Martínez Manautou dio una conferencia de prensa para hablar del programa de desarrollo de Díaz Ordaz pero con algunas frases en clave que referían la continuidad. El periódico *Excelsior* le dio la noticia principal y un largo espacio inusual porque las declaraciones carecían de mucho interés. La interpretación política que se le dio a esa conferencia fue el posicionamiento del funcionario en la lista de finalistas para la candidatura presidencial.

A partir de esa conferencia, un grupo de intelectuales juntó varios artículos para recuperar y ponderar el plan de desarrollo de Díaz Ordaz como como la propuesta de precampaña presidencial de Martínez Manautou como garante del continuismo diazordacista. Este dato es mayor porque intelectuales que lucharon al lado del rector Barros Sierra finalmente se alineaban al precandidato que garantizaba la continuidad de Díaz Ordaz. Los artículos se reunieron en una *plaquette* de apenas 31 páginas tamaño media carta bajo el título *El dilema del desarrollo: democracia o autoritarismo*. Los firmantes eran figuras connotadas del medio intelectual: Jorge Cortés Obregón, Víctor Flores Olea —que fue director de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM a finales de 1970—, Gastón García Cantú, Enrique González Casanova —una figura destacada entre el profesorado universitario—, Horacio Labastida —un abogado que formaba parte de la izquierda del PRI—, Francisco López Cámara —otro profesor reconocido— y Gustavo Romero Kolbeck, economista. Los temas: pobreza, marginación, desempleo, papel del Estado, distribución de la riqueza y crítica al poder, sin duda los temas subyacentes en el movimiento estudiantil del 68.

Una vez decidida la sucesión y con Echeverría en la presidencia, el grupo se dispersó: Flores Olea terminó su periodo en Ciencias Políticas y fue designado por Echeverría embajador de México en Moscú, García Cantú pasó a la crítica a Echeverría pero entró al gobierno con López Portillo,

Labastida consolidó su posición en el PRI y Romero Kolbeck fue director del Banco de México en el sexenio de López Portillo y fue relevado en septiembre de 1982 con la expropiación bancaria y el control de cambios.

González Pedrero, Fuentes y García Cantú estuvieron involucrados en la UNAM durante el movimiento del 68 pero luego aparecieron en los procesos de sucesión presidencial de 1970 y de 1976 dentro del PRI y en los espacios del poder. Se trata de casos que parecían inexplicables: antisistémicos que padecieron la represión del Estado, al final participaron en los juegos de poder del Estado. La única explicación lógica estaría en la percepción de que el 68 fue una crisis sistémica que se solucionó dentro del sistema. Y que los tres serían la prueba de que buena parte de la crisis del 68 también se localizó en la disputa política de la sucesión presidencial.

26

La UNAM pasó por la misma fase de readecuación. Barros Sierra no compitió por la reelección, el sociólogo Pablo González Casanova fue designado rector en 1970 sin intervención decisiva del Estado ni del gobierno, pero en 1972 enfrentó, como Chávez en 1966, una ofensiva violenta por parte de grupos radicales comandados por los estudiantes perpetuos Miguel Castro Bustos y Mario Falcón, sin que la autoridad interviniera porque el gobierno de Echeverría puso la condición de que el rector solicitara oficialmente la fuerza pública para desalojar a los dos *porros* de la torre de rectoría; al final González Casanova prefirió renunciar. La rectoría regresó a la institucionalidad: desde 1972 hasta el 2014, los ocho rectores han tenido militancia en el PRI, algunos con cargos anteriores o posteriores en el gabinete presidencial o en instituciones del sistema político. Durante el rectorado de Guillermo Soberón Acevedo y Juan Ramón de la Fuente, la policía entró a Ciudad Universitaria para desalojar *porros* y *paristas*, sin generar conflictos entre la comunidad universitaria y a petición de los rectores, ambos sin poner en riesgo la autonomía como en el 68.

La crisis estudiantil de la UNAM dentro del movimiento estudiantil del 68 fue parte de los reacomodos entre los jóvenes que dependían de la educación pública. Y los reacomodos de las élites posteriores al 2 de octubre tienen elementos suficientes para darle a la crisis del 68 una lectura de conflicto en las élites como parte de la lucha por el poder político.

## 9.- Conclusiones.

La lectura del movimiento estudiantil desde la teoría de las élites aporta elementos para interpretar el conflicto como parte de la lucha por el poder dentro del sistema priísta. De ahí se desprenden las principales conclusiones:

1.- La crisis no comenzó el 22 de julio con el choque entre estudiantes de dos escuelas sino que el 22 y el 26 estallaron contradicciones y conflictos acumulados desde las luchas sindicales de 1958.

2.- El Estado careció de espacios de mediación política. La Secretaría de Gobernación y el DDF nunca buscaron resolver el conflicto y los militares fueron convocados sin una estrategia de seguridad política. Los estudiantes reaccionaron a la represión y tampoco tuvieron iniciativa o estrategia.

3.- El presidente Díaz Ordaz careció una estrategia política para analizar con frialdad el movimiento. Lo asumió como un asunto menor y lo delegó al secretario de Gobernación, al jefe del DDF y al procurador general.

4.- En el conflicto Díaz Ordaz-Barros Sierra estuvo presente el elemento político de las desavenencias entre ellos provocadas por la sucesión presidencial de 1964.

5.- A la luz del tiempo, nunca estuvo en riesgo la autonomía; si se violó, fue en la circunstancia y el gobierno reculó; el liderazgo de Barros Sierra impidió abusos. Pero no se sabe que Díaz Ordaz haya querido desaparecer la UNAM o abrogarle su autonomía. La rectoría confundió la autonomía territorial con la independencia educativa y presupuestal. Las fuerzas de seguridad entraron a espacios universitarios por poco tiempo. En el gobierno nunca hubo la intención de retirarle la autonomía a la Universidad o desaparecerla.

6.- El rector Barrios Sierra enfrentó una encrucijada: defender a la Universidad reduciendo sus espacios institucionales como rector o utilizar su experiencia en el gabinete para abrir canales de negociación con el gobierno. Barros Sierra optó por liderar a los estudiantes contra el autoritarismo del Estado pero dejando al problema sin canales de intermediación de soluciones al no utilizar su experiencia y relaciones sistémicas.

7.- Entre Díaz Ordaz y Barros Sierra hubo tres problemas de comunicación: el teléfono descompuesto por el aislamiento del presidente, la falta de modestia del rector para buscar directamente a Díaz Ordaz y la lógica schmittiana de los dos de la política como la relación amigo-enemigo.

8.- La negociación se dio entre líderes estudiantiles sin representación del CNH y dos funcionarios y políticos menores del gobierno autoridad ni fuerza para impulsar soluciones. Al final, ni Díaz ni el rector querían una solución real de la crisis.

9.- Cuando el rector entró en la zona de sensatez y presionó para que el mitin del 2 de octubre el Tlatelolco no se realizara, se percató que carecía de autoridad con los estudiantes.

10.- Barros Sierra no quiso, no supo o no le interesó mirar el conflicto desde la óptica de Estado que experimentó como secretario de un gabinete

presidencial. Al asumir solamente la función de rector, dejó al gobierno sin interlocutores universitarios casi desde el principio: la bandera a media asta y el luto por la invasión de prepas el 30 de julio disminuyeron al rector a la condición de adversario.

11.- Díaz Ordaz asumió el conflicto como parte de la lógica la sucesión presidencial de 1970 y le confió la operación a Echeverría como parte de su experiencia en conflictos anteriores cuando el uso del ejército en movilizaciones estudiantiles había sido exitoso. La dupla Díaz Ordaz-Echeverría había encarado con autoritarismo otros conflictos.

12.- Vista a la distancia en enfoque contrafactual, la crisis estudiantil del 68 sí tuvo espacios de atemperamiento pero fallaron los caracteres del presidente Díaz Ordaz y del rector Barros Sierra, más reactivos a sus pasiones personales que a las perspectivas de Estado.

13.- Al final del conflicto, los dos salieron perdiendo en lo personal e institucional, aunque Barros Sierra se haya quedado con la etiqueta de héroe universitario pero sin haber impedido el mitin de la represión ni haber encontrado una solución al problema.

14.- El movimiento estudiantil sí sirvió para definir la sucesión. Aunque Díaz Ordaz ya había optado por Echeverría en función de la complicidad de la represión desde 1958, vio en su secretario de Gobernación la continuidad autoritaria. Echeverría, en cambio, tenía otros planes: llegar a la presidencia y romper con Díaz Ordaz, como siempre ha ocurrido en la relación de sucesor y antecesor.

15.- La derrota de Barros Sierra fue muy clara: perdió el control del movimiento, no supo ni pudo impedir la represión, careció de una salida política luego del 2 de octubre, renunció a la reelección que hubiera podido reencauzar la derrota de la Universidad y la UNAM regresó al redil priísta a partir de 1972.

Hasta ahora se había analizado el movimiento estudiantil del 68 desde la perspectiva de los derrotados y desde el fondo de una crisis del sistema político priísta. El estudio desde la teoría de las élites y sin parcialidades victimizadoras hace un reparto de responsabilidades. En política los autoritarios existen mientras no existan espacios de distensión política que sacrifique las figuras personales y reivindique la función del estadista civil: la responsabilidad que a veces no reconocen las medallas de reconocimiento.

De ahí la importancia de seguir escudriñando los comportamientos políticos de las élites ante conflictos de poder. Ya sabíamos todo de Díaz Ordaz pero un velo de conmiseración social cubrió al rector Barros Sierra, cuya responsabilidad política y de funcionario en el 68 debería de seguir indagándose.

## 10.- Bibliografía básica.

Ai Camp, Roderic (1992), *Biografías de políticos mexicanos*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Almond, Gabriel, y Verba, Sidney (1970), *La cultura cívica. Estudio sobre la participación político democrática en cinco naciones*, Fundación Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada y editorial Euroamérica, España.

Alva, Luis Fernando (1992), *La sucesión presidencial de 1964*, Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, Comisión Puebla V Centenario, México.

Cabrera Parra, José (1994), *Díaz Ordaz y el 68*, Editorial Grijalbo, México.

Caso, Antonio, y Lombardo Toledano, Vicente (1973), *Rumbo de la universidad. Polémica Caso-Lombardo*, Colección Metro Politiana No. 1, Sistema de Transporte Colectivo Metro, México.

Cortés Obregón, Jorge, et. al. (1969) *México. El dilema del desarrollo: democracia o autoritarismo*, Academia Mexicana de Ciencias Humanas, mayo de 1969.

Cosío Villegas, Daniel (1972), *El sistema político mexicano*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México.

Easton, David (1951) *The political system: an inquiry into the state of political science*, A. A. Knopf, USA.

Fuentes, Carlos (1962), *La muerte de Artemio Cruz*, Colección Popular, Editorial Fondo de Cultura Económica, México,

—(1971), *Tiempo Mexicano*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México.

Gaceta UNAM (2004), *1966: distanciamiento con el gobierno y crisis estudiantil*, UNAM, México.

García Cantú, Gastón (1972), *Javier Barros Sierra 1968. Conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI Editores, México.

García y Colomé, Pablo, *Javier Barros Sierra*, <http://dcb.fi-c.unam.mx/Academicos/FPPC/Ponencias/MRSM68.pdf>.

González Pedrero, Enrique (2010), *Barros Sierra, defensor de la autonomía*, Revista de la Universidad, No. 82, diciembre de 2010, México.

—(1961), *El gran viraje*, Editorial Era, México.

Guevara Niebla, Gilberto (2008), *1968. Largo camino a la democracia*, Editorial Cal y Arena, México.

Granja Castro, Dulce María (1999), *Javier Barros sierra, su vida, sus ideas y su obra*, UNAM, México.

Hernández, Salvador (1971), *El PRI y el movimiento estudiantil de 1968*, Editorial El Caballito, México.

Jardón, Raúl (2002), *La represión en México 1951-1971*, Revista *Rebeldía*, No. 2, diciembre.

Jaspers, Karl (1965), *Origen y meta de la historia*, edición de la *Revista de Occidente*, España.

Martínez Manautou, Emilio (1969), *Continuidad de la obra, por encima del cambio de personas*, periódico *Excelsior*, 20 de mayo, México.

Monsiváis, Carlos (2008), *El 68. La tradición de la resistencia*, Editorial Era y Editores Independientes, México.

Moreno Sánchez, Manuel (1970), *Crisis política de México*, Editorial Extemporáneos, México.

Nizan, Paul (1973), *Los perros guardianes*, Editorial Fundamentos, España.

Novedades, *López Mateos define su política presidencial y declara su posición ideológica de izquierda*, 2 de julio de 1960, México.

Pélaez Ramos, Gerardo (1970), *El movimiento estudiantil y los comunistas (1963-1968)*. *Cronología*, www.lahaine.org.

— *Un rector a la altura de sus tiempos*, Cuadernos de Educación Sindical No. 44, Sindicato de Trabajadores de la UNAM, México,

Paz, Octavio (1970), *Posdata*, Siglo XXI Editores, México.

Portes Gil, Emilio (1963), *La sucesión presidencial de 1964. Sus problemas, su derrotero final*, Instituto Mexicano de Cultura de la Asociación Nacional de Abogados, México.

Pozas Horcasitas, Ricardo (2009), *Elección presidencial y reproducción del régimen político en 1964*, revista *Secuencia*, No. 74, mayo-agosto, México.

Ramírez, Ramón (1969), *El movimiento estudiantil de México*, dos tomos, Editorial Era, México.

Revueltas, José (1984) *México 68. Juventud y Revolución*, obras completas, Editorial Era, México.

Zermeño, Sergio (1978), *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI Editores, México.

ARCHIVO

CARLOS RAMÍREZ /  IndicadorPOLITICO

Proyecto México Contemporáneo 1970 - 2020

1. Salinas de Gortari, candidato de la crisis.
  2. El proyecto salinista.
  3. El nuevo sistema político mexicano.
  4. La vida en México en el periodo presidencial del *Sup Marcos*.
  5. Las muchas crisis del sistema político mexicano.
  6. El nuevo sistema político mexicano.
  7. La polémica Sartre-Camus.
  8. Carlos Fuentes: el pensamiento Manchuria.
  9. Narcotráfico y violencia: vidas paralelas.
  10. Las estaciones políticas de Octavio Paz.
  11. El crimen del padre Leñero.
  12. Manuel Buendía 1948-1984.
- Periodismo como compromiso social.
13. La posdemocracia en México.
  14. México: hacia un nuevo consenso posrevolucionario.
- Lázaro Cárdenas, la izquierda y la última muerte de la Revolución Mexicana.
15. Los intelectuales en el reino de *PRIracusa*.
- La parroquia de Gabriel Zaid.
16. Los intelectuales inventaron a Fidel Castro.
  17. Benedetti, el último comisario del Camelot tropical.
  18. Emilio Rabasa: prensa y poder en el siglo XIX.
  19. Carlos María de Bustamante (1874-1848).
- Los intelectuales y la política en el México independiente.
20. García Márquez no le torció el cuello al cisne.

*Colección completa de  
Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político  
en <http://noticiastransicion.mx>  
Escanea el código QR para acceder  
al sitio de Noticias Transición*

